posee. Las reacciones de las combinaciones químicas producen calor. Es el sufrimiento de la materia. Cuando el labrador va a sembrar la tierra, la rasga y remueve con el arado o azadón. La está labrando. Cuando siembra, abre el surco y entierra la semilla. Remueve la tierra para limpiarla y hacerla más fecunda. Entierra la semilla para que venga la transformación y nazca la planta y dé fruto abundante su fruto.

De modo semejante, pero mucho más alto y delicado, obra Dios en las almas. Parece que me trata con dureza y aspereza en la aridez y en las pruebas. Pero me está preparando y sembrando semilla sobrenatural en mi alma. Este dolor es para mi bien. Quiere el Señor que yo me transforme y dé fruto abundante de vida eterna. Está poniendo en mí la semilla de su gracia y de su amor. Limpia mi alma para que nada impida el crecimiento de esta divina semilla y dé fruto bien colmado y sazonado. El fruto será la santidad, la unión con Dios, la dicha del cielo.

Es el mismo Dios quien con mano cuidadosa y amorosa me cultiva y me siembra. Se siembra El mismo en mí. Ahora no lo veo ni lo siento; pero la fe me enseña esta verdad de participar de Dios y de su naturaleza por la gracia sobrenatural, según sean mis virtudes. Es una altísima y soberana realidad, pero encubierta aún a mis ojos.

93. ¡Soy de Dios! ¡Estoy en Dios! ¡Dios está en mí y toma posesión de mí! Dios no ha podido crearme para un fin más alto y más hermoso y dichoso sobre la tierra. Pudo haberme criado en otro ambiente, de otro modo o en otro estado, sin dolor, sin enfermedad, sin necesidad alguna, viendo el estado de mi alma, conociendo los secretos de la naturaleza, con otras muchas conveniencias y comodidades. Pero el fin no ha podido ser más alto y noble, porque ha sido el mismo Dios, y gozar de la misma vida y goce de Dios para siempre, y nada hay comparable a Dios. Dios es el infinito en todo bien y en toda delicia.

Si miro y examino la vida, tanto individual como social, del hombre sobre la tierra, puede apoderarse de mí el pesimismo impío del que no cree ni espera nada más allá y exclamar amargado: ¡Buena está la tierra! Todos decimos, con frecuencia, doloridos: ¡Bueno está el mundo! Lamentamos el hormigueo de disensiones, de luchas, de avaricias, de egoísmos; leemos las guerras tan frecuentes, los crímenes, los robos, las envidias, las injusticias, las insidias, el robo encubierto e inmenso de los que pueden, más terrible que el robo del delincuente común; la injusticia de las mismas leyes y de los que las dictan; no tiene remedio y descorazona. ¿Y qué decir de las necesidades, enfermedades y dolencias? ¡Bueno está el mundo!

Pero el hombre no ha sido creado para tener

por fin último este mundo. Dios me ha creado para el cielo, y el hombre no quiere conformarse con la voluntad de Dios ni esperar al cielo; quiere hacer de la tierra ya cielo por caminos de injusticia; es el hombre quien se empeña, y lo consigue, hacer de la tierra un infierno anticipado, cuando debía ser una antesala del cielo si se guardasen los mandamientos de Dios y se practicasen las virtudes, el amor a Dios y el amor al prójimo.

El hombre, saliéndose de los caminos de Dios y rebelándose contra sus mandatos, renuncia al cielo y al mismo Dios, para quien ha sido creado, y, queriendo hacer de la tierra cielo, la convierte en semiinfierno.

Dios no ha podido crearme para nada más grande ni más hermoso, ni prometerme un fin más alto, más noble y dichoso que para el que me ha creado. Nos ha creado a todos para gozar, después del paso por la tierra, de su misma vida gloriosa y hermosearnos de su misma hermosura y comunicarnos de su misma sabiduría y poder; todo ello lo participaremos en inefable dicha, en inefable gloria y en inefable felicidad cuando le veamos a El directamente con visión de gloria.

Quisiéramos adelantar los acontecimientos y hacer todo eso ahora presente, como si el que siembra la semilla pretendiera inmediatamente recoger su fruto abundante; pero el fruto viene después, cuando ha pasado el tiempo. Ahora es el tiempo

de la siembra y de hacer méritos para después. El Señor me dice: Te he prometido mi gloria y mi felicidad, y pongo en tu voluntad que tengas cuanta tú mismo quieras; pero tienes que ganarla; tienes que vivir la fe; y practicar la caridad divina y fraterna; tienes que vivir las virtudes, y en proporción a como las hayas practicado serán tus méritos y te daré mi gloria prometida. Yo no me arrepiento de lo prometido. Determínate a vivir y verás que es inmensamente más lo que te doy que lo que esperas. Porque me daré a Mí mismo en gloria.

94. La vida interior y espiritual es no de tristeza ni de penumbra o desilusión. La vida interior espiritual abre horizontes nuevos de luz, de belleza, de divina ilusión. La vida interior espiritual envuelve el alma en armonías de cielo y aleteo de ángeles y resplandores nunca soñados, porque es comunicación con Dios, es Dios viviendo en el alma, en lo íntimo de mi alma. Los ángeles viven en Dios, están saturados de las perfecciones de Dios, ya en dicha, en felicidad, en visión y posesión directa y gozosa de Dios. La vida interior espiritual es mirar a Dios con mirada de fe dentro de nosotros; es recogerme dentro de mí con Dios y tratar con Dios y ofrecerme en amor a Dios, que está realmente en mí, pero no manifiesto, no glorioso. La vida interior es vivir agradecido a todo

eso que Dios está depositando en mí, y cuidarlo, y fomentarlo y hacerlo crecer.

Lo que Dios deposita en mí es su amor, es El mismo, son las perfecciones y atributos de su divinidad por la gracia sobrenatural, la cual forma en mí su imagen viva y real, pero oculta, la misma que después he de ver y gozar en el cielo. La vida interior espiritual y la oración es dejarme empapar de todo este soberano misterio que me endiosará; es lo más grande y más noble que podemos tener después de la glorificación del cielo, porque es estar recibiendo participación y vida del mismo Dios y estar bebiendo en el manantial mismo de todo bien y de toda dicha para saciarme de amor de Dios y formar en mí el ambiente divino.

Todo esto lo sé yo aun cuando no lo sienta; lo tengo yo aun cuando no lo vea. Es la maravilla de Dios en la creación. Me admiran los astros, y los espacios, y las varias bellezas de la tierra; pero todo eso es como nada ante esta maravilla de Dios poniéndose El mismo en mi alma, y estar en mi alma, aunque escondido, y transformar y santificar mi alma. Me lo enseña la fe; me lo asegura la palabra de Dios por la revelación. ¿No me llenará de alegría sólo pensarlo, aun cuando estuviera lleno de dolores por las pruebas que serán para mi bien?

La vida interior es estar viviendo conscientemente a Dios. La vida interior espiritual es darme

cuenta de que Dios está en mí, y está obrando su obra de amor y de santidad, y voluntariamente ofrecerme a Dios y como metiendo a Dios dentro de mí o lo que puedo llamar dejarme amar y llenar de Dios y de su misericordia.

Este es el dichosísimo intercambio entre Dios y el alma que se está realizando en lo interior del alma, y de donde el alma sale llena de ganancias y riquezas divinas. Podrá ser con pensamientos, podrá ser con afectos, podrá ser con palabras o con lágrimas de agradecimiento. Podrá también ser con aridez o con insensibilidad, con el conocimiento de nuestra nada o reconocimiento de la soberana grandeza de Dios; podrá ser con tentación y dolor o con decisión y alegría. Pero siempre es Dios obrando maravillosamente en el alma; pero siempre es Dios poniendo por Sí mismo su amor en el alma, levantando el alma, preparando el alma para la transformación, para la iluminación, para unirla en amor a Sí y establecer la unión de amor en el alma. ¡Dios mío, si lo hicierais así en la mía! Pero sé que lo deseáis hacer y esperáis a que mi alma esté limpia y transparente de todo defecto para que sea morada apta para Vos.

95. El alma retirada con Dios, vacía de sí misma y de sus gustos, es alma sumergida en Dios, es alma envuelta en Dios y llena de Dios. Vive en Dios; su aspiración es Dios, y ha recibido en lo

íntimo de su ser vida y amor de Dios. Quisiera el alma verlo; quisiera sentirlo; pero es más alta la fe y más perfecto confiarse a Dios, que lo hace.

No puedo dudar de estas altísimas verdades y misteriosos dones de Dios. Dios obra maravillas nunca oídas ni soñadas en el alma limpia y engolfada en El, porque va a establecer en esta alma su morada de amor, su misterio de transformación y de unión de amor con El. Esta es la realidad sobrenatural más grande y maravillosa que en la tierra obra Dios con las almas. El alma tiene a Dios y Dios la hace una cosa consigo y une el amor del alma con el de Dios. Y si une el amor, es porque el alma se ha dispuesto o se ha dejado disponer y tiene unida su voluntad a la divina y sus pensamientos son de Dios. El alma tiene a Dios, y Dios, por un altísimo modo, tiene al alma; pero la tiene misteriosamente, escondidamente. El alma no lo ve, no lo siente, aun cuando a veces siente efectos que son superiores a su propio amor.

Dichosa es el alma que lo vive y lo tiene. Pero el alma que por extraña merced lo siente, también se siente dichosa, y sólo entonces ya aspira a que se rompan los velos que la impiden ver clara y directamente a Dios y tomar posesión de El en las delicias del cielo. Sentir esta grandeza sería mi dicha y no puede menos de desearlo mi natural. Pero aun cuando no lo sienta, aun cuando incluso sienta lo contrario, sé que si en verdad tengo el

alma limpia y hermoseada con las virtudes, si estoy vacíado de mí mismo en mi amor propio y en mis apetitos y gustos, y recogido con mi atención en Dios, tengo esta altísima realidad dentro de mi alma, Dios está en mí amándome, soy de Dios y Dios ha tomado posesión de mí y ha depositado el tesoro de su amor en mi alma. ¡Soy amor de Dios! El alma de vida interior está con Dios y en Dios tiene su pensamiento y Dios es la vida del alma interior.

Alma mía, no te dejes guiar ni midas tu vida espiritual y de amor de Dios por las impresiones de tus sentimientos, ya sean de alegría, ya de tristeza, de entusiasmo fervoroso o de decaimiento y aridez, de ternura o de dureza, de gozo o de angustia y desconfianza. Los sentimientos no son la medida del espíritu ni de la santidad. Sobreponte a todo eso y, guiada de la fe y firme en las virtudes, confía en el Señor. Porque ¿a quién has venido a ofrecerte? ¿Con quién estás recogida y vives y tratas en la oración? ¿Quién es tu custodio y en quién tienes fija tu atención? Si la tienes en Dios y Dios es tu centro, ¿por qué te inquietas? ¿No es Dios el omnipotente y quien te da la vida del cuerpo y la interior del alma?

96. Todavía cuando me recojo ante la luz de Dios veo en mí muchas deficiencias, mucho polvo y sequedad y maleza; mi memoria me lo presenta

para intranquilizarme y produce en mí, a veces, desconfianza o desaliento. Pero la realidad es que yo deseo hacerlo, según mi primer ofrecimiento, con todo mi espíritu.

Aun cuando imperfectamente todavía, si me recojo con Dios, estoy con Dios y renuevo mi ofrecimiento a Dios.

Tengo que vivir de fe y de la realidad sobrenatural de la fe. Hay almas, y no pocas, que en los tiempos de prolongada y continua aridez sienten en su entendimiento esta sugerencia diabólica: «Yo me ofrezco a Dios y Dios me rechaza. Dios no quiere estar conmigo.» Si eres mi Padre, si eres Dios infinito y bondad suma, que me ha creado, me conserva el ser y me está dando la vida que tengo; si me has escogido para estar contigo y me estás levantando a vida sobrenatural y haciendo crecer en mí tu divino amor, ¿cómo puedo admitir en mí, ni por un momento, que yo vengo a estar con Dios y Dios no quiere estar conmigo?

La infinita bondad, sabiduría y omnipotencia de Dios, de este mi Padre celestial, está conmigo y está obrando callada y misteriosamente en mi alma una obra muy superior a cuanto pueden percibir mis sentidos ni aun entender mi inteligencia, muy por encima de cuanto pueden decir los sabios e intentan explicar los libros.

Dios está obrando dentro de mí la obra de su amor, la obra de la santificación, la obra de la ilu-

minación y de la transformación. Es obra trabajosa, porque el alma tiene que estar como paciente. Va el labrador abriendo y removiendo la tierra con la dura reja del arado o clavando vigoroso el azadón, y la tierra se deja rasgar y remover para recibir la semilla y multiplicarla con cosecha abundante. Rasgad y removed, Dios mío, mi alma como Vos sólo sabéis, y sembrad en ella vuestra semilla de virtudes y obrad vuestra obra de sobrenaturalización y de divinización, como lo hacéis siempre y de modo muy especial en la oración, en el ejercicio de las virtudes y en las pruebas.

Alma mía, déjate labrar y sembrar de Dios. Dios te ama y te cuida. Dale gracias porque te labra y ofrécete a hacer en todo su voluntad. Cuando sientes el peso agobiador de la cruz y los golpes duros de la prueba, da gracias a tu Padre celestial porque está haciendo en ti esa obra de amor especial, porque está poniendo en ti la nueva vida sobrenatural y preparándote para vestirte el vestido de hermosura. Es obra delicadísima del amor de Dios.

El alma, por lo mismo, debe verse en Dios, en las manos de Dios, en los ojos de Dios; debe mirarse envuelta, empapada y sumergida en Dios.

97. Vuelvo a reflexionar sobre las palabras de los salmos: El alma llamada, recogida y ofrecida *se esconde en lo escondido de Dios;* es Dios mismo

quien la esconde con la aquiescencia y deseo del alma. Esta alma está escondida en la hermosura de Dios, en el poder de Dios, en la luz de Dios, *en el rostro de Dios*, que es el Verbo eterno, que es la Santidad, la Sabiduría eterna creadora de los mundos y santificadora de las almas fieles al llamamiento.

Para esconderse un objeto en la luz tiene que hacerse luz y ponerse luminoso y transparente. Si pongo un objeto opaco en la luz o delante de la luz, como una placa de hierro delante de un foco eléctrico, hace sombra, quita la luz; la luz no puede traspasarlo o tiene que ponerse incandescente. Para estar el objeto escondido en la luz y como transformado en luz tiene que ser transparente, limpio y hacerse luminoso. Mi alma debe ser como el cristal para estar escondida en Dios. Por la atención, por el deseo, por la fidelidad, el alma se purifica y mete dentro de Dios, en el mismo Dios, y Dios la envuelve en Sí mismo y la hace suya, hermosura suya, comunicándola su propia luz, su propia hermosura y bondad.

Recibiendo el alma la luz y hermosura que Dios benigna y largamente la comunica, se va iluminando y transformando, como se ponen incandescentes y luminosos los filamentos del foco con la corriente eléctrica; desaparece la oscuridad del alma y es engrandecida su pequeñez, quedando preparada para la unión con Dios. En la oración

adquiere el alma la fuerza y la luz para practicar las virtudes. Si el alma se entrega a Dios en la oración, recibe inmensamente más de lo que ofrece, porque recibe de lo infinito de Dios en amor y en fortaleza. Lo grande y provechoso de la oración no es tanto lo que hace el alma, que todo es bien poco, como lo que Dios hace en el alma, que es infinito. El alma se deja amar, se deja iluminar, se deja transformar. Ella ni sabe ni puede transformarse.

98. En la oración profunda y alta el alma no discurre ni aun habla, sino que se mira y se ve envuelta en Dios, sumergida en Dios, llena de Dios. Ve que Dios vive en el alma y el alma en Dios y agradecida y admirada en silencio, ama y se ofrece al amor. Dios infinito vive en mí, me está amando; Dios, todo bondad y hermosura, está obrando en mi alma la obra maravillosa de la transformación y santificación para unirme con El. Yo vivo en Dios y estoy consagrado a Dios. Dios está comunicando a esta pobreza mía de lo infinito de sus perfecciones divinas, algo divino que está muy por encima de lo más levantado y noble de la naturaleza criada.

Si yo, llamado por Dios, he venido a consagrarme a Dios y a vivir la vida interior; si he venido a ser todo de Dios y unir mi voluntad a la suya, no deja el Señor de concederme esta gracia

mientras yo sea fiel a mi promesa, y por lo mismo de hecho vivo en Dios y Dios está amándome en lo íntimo de mi ser y de su amor sobrenatural y se pone El mismo en mi alma y está divinizándola. Esta verdad, que me enseña la fe, me llena de consuelo y de alegría espiritual. Qué bien me dice San Juan de la Cruz que la alegría más íntima nace del más grande sufrimiento, que es esta prueba preparatoria y llena del mayor amor.

Vivir en Dios-amor, vivir hecho un amor con el de Dios, es lo más alto que se puede soñar y a que se puede aspirar, es la obra de Dios, porque es vivir unido a la naturaleza divina y a la voluntad de Dios, aun cuando los efectos de ternura y de gozo no sean todavía maravillosos ni gloriosos. La fe enseña que la verdad de los hechos es así.

99. Para esta vida interior tan santa, de tanta intimidad y confianza con El y de trato tan amoroso, no escoge Dios ni a los sabios, como sabios, ni a los ricos, como ricos, ni a los poderosos, como poderosos, ni aun a los pobres, como pobres; escoge a los buenos, escoge a los limpios de corazón, escoge a los que tuvieron la fortaleza de dejarlo todo, desposeerse de todo por El y, además, se dejaron a sí mismos y su honra y fama para ocuparse sólo de amar a Dios, de tener su atención y su afición en Dios, de no pensar, ni querer, ni

recordar otra cosa que a Dios para estar llenos de Dios.

Los sabios, aun los sabios en la teología, no emplean su sabiduría para ser más santos y hombres de más vida espiritual. Dios escoge con frecuencia para sus mensajes a los sencillos sin erudición. Un día dijo el Señor a Santa Teresa llevara una comunicación de su parte a hombres de estudios. Santa Teresa no se atrevía a llevar aquel mensaje divino y, además, no la creerían por ser ella mujer y sin estudios, y dijo muy confundida al Señor: Decídselo Vos, que a mí no creerán; el Señor la dijo: Bien quisiera decírselo, pero ellos no se disponen. Los sabios no suelen fomentar cuanto debieran la vida espiritual, y escoge el Señor a los sencillos, aun con el riesgo de que los sabios los desprecien diciendo que esos atrevidos van a llevarles inventos de sus fantasías y sueños.

Ni los eruditos, ni los ricos, ni los poderosos, ni los presumidos, ni los indolentes, quieren ocuparse de la llamada de Dios a la santidad y a la vida interior. Ya están muy entretenidos con su obsesión. Dios llama y escoge a los buenos, porque los buenos únicamente responden a la llamada de Dios. Los buenos buscan a Dios y le encuentran. Los buenos salen de la inquietud y desasosiego y buscan a Dios en el recogimiento y le encuentran dentro de sí mismo. Dios les habla.

Dios se pone en el alma que se recoge en hu-

mildad con El. Dios aumenta el ansia que el alma buena siente de ser cada día más del Señor y estarle más perfectamente entregada. La humildad enseña el reconocimiento de la propia nada y el agradecimiento de las misericordias del Señor; Dios se comunica al humilde. Dios transforma la pequeñez y la oscuridad y la pobreza que en sí ve el humilde en luz, en hermosura, en sabiduría divina. Dios llena de sus perfecciones el alma buena.

Pero los buenos buscan a Dios practicando las virtudes y le encuentran en sí mismos y aun fuera de sí, en todas las cosas.

San Juan de la Cruz presenta al alma buena buscando a Dios con ansias y para encontrarle sale del apego a todas las cosas; sale del amor propio, que es el mayor obstáculo para encontrar a Dios, ya que Dios no puede establecer su morada en el amor propio. Cuando el alma buena sale también de sí misma encuentra a Dios manso y amoroso e infinito dentro de sí misma, como le encontró San Agustín. Cuando el alma ha salido a buscarle, *en parte que ella muy bien sabía, que es en donde nadie parecía* y por las virtudes, le encuentra y expresa lo que sintió:

Quedéme y olvidéme.
El rostro recliné sobre el Amado,
Cesó todo y dejéme,
Dejando mi cuidado
Entre las azucenas olvidado.

Porque ya el corazón «entero para El sólo se guardaba», le ve en el propio corazón y en el corazón queda dormido y en el corazón le regalaba y le servía y se ofrecía estando ya pronto para hacer en todo su voluntad. Vivir esta verdad es lo grande y lo hermoso de la vida interior y de la vida de oración y consagrada a Dios.

100. He de buscar a Dios por el camino seguro y único de practicar la virtud.

Porque el amor de Dios y la gracia crecen por la virtud y se encuentra a Dios ejercitando las virtudes, viviendo la obediencia y la mansedumbre, renunciando a los bienes, negándose a sí mismo en sus gustos y apetitos.

Con la abnegación y la obediencia no desaparece la propia personalidad ni se mediatiza, sino que se sobrenaturaliza y agranda y perfecciona; no se degenera en la indolencia, sino que se vigoriza y levanta a vivir a impulso de la voluntad divina, y unida a Dios le ama con toda su capacidad, sin entorpecimiento, y se une a sí misma en Dios con un amor inmensamente más alto que el suyo propio, pues se ama con amor del mismo Dios y en la luz y hermosura de Dios.

Dios escoge al bueno, al espiritual y de vida interior en el estado y en la posición que tenga; y el bueno, espiritual y de vida interior vive en

Dios y a Dios mismo. El espiritual ha muerto a sí mismo, para vivir en la verdad de Dios.

El alma espiritual y fiel vive a Dios, no en obras llamativas y deslumbrantes, sino en cada una de las acciones insignificantes y desapercibidas para los demás, en las menudencias, contratiempos y disposiciones que componen la vida ordinaria. Dios las ha dispuesto por quien haya sido, pero es El quien las ha dispuesto. Se vive a Dios aceptando y abrazando sus disposiciones y sus permisiones.

¿Con quién estoy y con quién trato cuando estoy en la oración? Si estoy atento a El y recogido con El, ¿no estoy dejándome amar de Dios y llenar de Dios?

El bueno, el espiritual, el virtuoso, vive a Dios y en Dios. ¡Oh Señor, si yo me pudiera dar cuenta de lo grande y meritoria que es para el alma esta vida y de lo agradable que es para Dios! ¡Pero aun cuando Dios me diera la gracia de comprenderlo, no sabría decirlo, pues su grandeza y belleza supera a cuanto se puede expresar en el lenguaje de los mortales!

101. El ser tenido por el hombre más sabio, por el hombre más poderoso, más famoso y admirable de la tierra; por el hombre más afortunado y próspero entre todos, no admite comparación con el gozo de vivir la vida interior viviendo a Dios

y en Dios. Todo es nada y como nada; todo es como oscuridad y fealdad ante ella.

Vivir a Dios y en Dios es vivir de lo infinito de Dios y de sus infinitas e incomprensibles perfecciones, de su infinita hermosura y gozo. Vivir la vida interior y de virtudes supera a toda comparación, porque es vivir a Dios y en Dios, y Dios excede toda comparación y todo es nada ante su hermosura.

Y vuelvo a la verdad central en que reflexiono estos días. ¡Dios está en mi alma! ¡Dios infinito está en mí, amándome, haciéndose mío! ¡Mi alma está en Dios y con Dios, a quien se le debe toda alabanza y todo honor! ¡Dios, el omnipotente Criador de todas las cosas, está queriendo hacerse mío dentro de mi alma! Alma mía, cierra los ojos y el discurso a todas las cosas y en alas de la fe y por la oscuridad de la fe recógete en ti misma con tu Dios. Piensa en la infinita hermosura, en la infinita bondad, en la infinita sabiduría, en el infinito poder e infinita gloria de Dios. Todo eso infinito, que tú no puedes no sólo comprender, pero ni aun remotísimamente fantasear; todo eso que es la gloria y la admiración y felicidad de los ángeles, todo eso que encerramos en la palabra Dios, está en ti, está amándote, está llenándote de su amor y de sus perfecciones.

Si Dios está en mi alma y amándome, si mi alma está en Dios y amándole, ¿qué más puedo

desear sino verle ya con la visión de gloria en su esencia? Sé que cuando estoy en la oración, cuando estoy practicando la virtud y haciendo su voluntad, estoy viviendo a Dios; sé que estoy en la posesión de Dios y Dios me posee; es verdad que todavía en la oscuridad de esta noche, todavía no glorioso, pero ciertamente en la realidad y en la verdad. Dios pone en mí todas las perfecciones infinitas, que yo no conozco ni puedo conocer.

102. ¡Con qué alegría debo deshacerme en alabanza a Dios, presente en mí! ¡Con qué ansia debo recogerme en la oración en este piélago de todas las perfecciones! Cuando me recojo con Dios sé que me sumerjo en este mar de infinita alegría; sé que me sumerjo en un océano sin límites de infinita sabiduría y omnipotencia, de infinita hermosura, grandeza, bondad y suavidad, por ser la Majestad y el Amor infinitos de quien reciben las hermosuras y perfecciones que tienen cuantas criaturas hay en la tierra y en el cielo. Dios tiene en sumo grado todas las perfecciones de todos los seres, y todas esas perfecciones reunidas son como sombra de nada ante su infinita perfección. Todo es como oscuridad y fealdad ante esta luz y esta hermosura.

Apropiándome las palabras de fray Luis de Granada, os digo, oh Dios omnipotente: «*La grandeza de vuestra gloria, así como nos obliga a ado-*

raros y a reverenciaros, así también a alabaros y glorificaros. Porque a Vos solo se debe el himno y la alabanza a Sión por ser, como sois, un piélago de todas las perfecciones, un mar de sabiduría, de omnipotencia, de hermosura, de riqueza, de grandeza, de suavidad, de majestad, en quien están todas las perfecciones y hermosuras de cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra y todo en sumo grado de perfección.

»En cuya comparación toda hermosura es fealdad, toda riqueza es pobreza, todo poder es flaqueza, toda sabiduría es ignorancia, toda dulzura, amargura y, finalmente, todo cuanto en el cielo y en la tierra resplandece mucho menos es delante de Vos que una pequeña candelita delante del sol.

»Vos sois sin deformidad perfecto, sin cuantidad grande, sin cualidad bueno, sin enfermedad fuerte, sin mentir verdadero, sin sitio donde quiera presente, sin lugar donde quiera todo, en la grandeza infinito, en la bondad sumo, en la sabiduría inestimable, en los consejos terrible, en los juicios justo, en los pensamientos secretísimo, en las palabras verdadero, en las obras santo, en las misericordias copioso, para con los pecadores pacientísimo y para los penitentes piadosísimo» (Memorial de la vida cristiana, trat. V, orac. III). Y eres el Padre y el Rey del alma, el Cielo del alma, la Alegría del alma, el Sol del alma, que la iluminas y llenas de tu luz y bien.

Eres también el Amado de mi alma. Cuando me recojo en la vida interior y en la oración veo con la seguridad y verdad de la fe, aunque aún con la oscuridad de la misma fe, que Dios, infinita Majestad, está en mí. Dios infinito, a quien adoran los ángeles y de quien reciben la felicidad que gozan, está en mí amándome; Dios, luz indeficiente y eterna, está en mi iluminándome, y yo estoy consagrado a Dios y estoy en Dios mismo. Yo no conozco la maravillosa manera de obrar de Dios. Yo sé, pienso con Nieremberg, que «*Dios es el que es, la flor de la hermosura, lo puro de la luz, lo suave de la bondad, lo sumo de la altura, lo gracioso de la liberalidad, lo acertado de la sabiduría, lo dulce de la afabilidad, lo poderoso de la fortaleza, lo claro del resplandor. Y aunque es todo lo bueno, no se dice nada de lo que es, porque es sobre todo eso mismo bueno, como advierte San Dionisio; sobre la beldad de toda hermosura, sobre la claridad de la luz, sobre lo amable de la bondad, sobre la cumbre de la altura, sobre lo cuerdo de la sabiduría, sobre la eficacia de todo poder y sobre la dulcedumbre de toda dulzura; por esto sobre todo concepto, sobre todo sentido y conocimiento*» (*De la hermosura de Dios y su amabilidad*, por el V. P. Juan Eusebio Nieremberg, lib. y cap. I). Y sé que todo esto está misteriosa, pero realmente en mí; que yo estoy ofrecido a El; que Dios me ha recibido por suyo y se hace mío; que

está obrando en mí la santidad, su delicadísima obra de amor.

Dios es infinito, es toda perfección y todo bien. Yo soy un átomo de nada, criado y conservado por El. Me ha criado porque me ama.

Cuando la luz del sol ilumina el polvillo que flota en el aire le hace brillante. Yo, a semejanza de una molécula, estoy recibiendo el ser que tengo de Dios. Estoy como flotando en lo infinito de Dios. De Dios recibo las propiedades que tengo. Dios me comunica los deseos que tengo y me da las ansias de felicidad y de verle y alabarle. Dios me las aumenta y me las saciará y llenará de felicidad cuando le vea, ya glorioso. Dios mío, que yo llegue a verte en tu esencia. Entonces te veré y me veré empapado en tu misma luz y felicidad.

103. También ahora estoy sumergido en lo infinito de Dios; también ahora está mi alma empapada en el amor y en la verdad de Dios, y estoy recibiendo la vida y la inspiración de Dios. Lo sé aun cuando todavía no lo palpo ni lo siento.

No estoy con los grandes o famosos de la tierra; no estoy con lo que sueño de más venerable y respetuoso de la tierra; no trato con el más sabio, más rico y más amable de la tierra ni con delegados de imperios romanos. Estoy con el mismo Dios como los ángeles del cielo. Ellos ya te ven y te poseen. Ellos ya son felices en tu gloria y te ala-

ban. Yo ni sé aún que te amo. Pero sé que estás poniendo en mí cielo y amor de cielo. A Ti, Dios mío, canta mi alma la alabanza. A Ti te bendigo con los mismos ángeles. Para Ti quiero ser cuanto soy. A Ti me ofrezco con todo mi amor. Quiero y te pido que Tú solo seas mi amor ahora y eternamente.

San Juan de la Cruz decía amorosamente al Señor que no quería ya más mensajeros; quería el trato directo con Dios. Cuando el alma se recoge en humildad está con el mismo Dios infinito. Estará en sequedad o estará en fervorosa ternura; se verá llena de distracción o en atenta mirada; pero está en la oración con el mismo Dios y nada debe desalentarla. Los niños no siempre están formalitos delante de sus padres; juegan y se alejan, y los padres gozan viéndolos jugar; cuando algo les asusta o les infunde miedo, corren junto a sus padres a refugiarse. Somos niños de Dios. Nos ha hecho el Señor tan débiles que apenas podemos sostener algún tiempo la atención sin distraernos. Conoce El mejor que nosotros la fragilidad o el barro de que nos ha hecho y goza cuando nos humillamos viéndonos distraídos y acudimos a El diciéndole: «Dios mío, ya ves, otra vez estaba distraído; mi loca e inquieta imaginación me llevó por ahí y dejé de mirar tu hermosura. A Ti vuelvo para estar junto a Ti y entre tus brazos. ¿Cuándo

seré constante en mi atención? ¿Cuándo lograré estar sin distraerme? Sabes que te amo.»

Los ángeles ya te ven y te gozan. Los ángeles ya participan gloriosamente de tu naturaleza y están seguros y felices en tu eterna dicha, que es la suya. Yo también estoy en Dios como ellos, pero todavía en la tierra, desterrado, caminando hacia la patria, inseguro, en la oscuridad de la fe, palpando mi nada, pidiéndote la perseverancia y que seas mi ayuda. Quisiera serte agradecido correspondiendo a la merced que me haces de ofrecerme tu amor, de ponerme en tu amor y tenerme sumergido en Ti. La fe me dice que en la oración y en todos los lugares donde esté y en todas las acciones que realice según tu voluntad te llevo dentro de mí y Tú estás contento en mí y obrando la santificación de mi alma. Eres mi Padre amantísimo; no sé cómo lo haces, pero sé que si yo me dejo en tus manos, iluminas mi alma y la transformas y preparas para la unión de amor contigo, para hacerla cielo glorioso y morada tuya.

Mandará al ángel de mi guarda que me ayude; mandará a mis santos abogados que me protejan; pero es el mismo Dios quien me inspira y me da el querer y el poder. Es el mismo Dios quien me tiene en Sí cuando realizo mis obras despierto y cuando guarda mi vida durante mi sueño. Por eso a Ti canta, Dios mío, agradecida mi alma. Quisiera deshacerme en agradecimiento a tantas bonda-

des como me haces y porque me has dado la fe viva para alejarme de lo mundano y consagrarme a Ti. ¿Cómo te pagaré el deseo que en mí has puesto de buscarte y procurar amarte con todo el corazón? ¿Cómo el enseñarme a posponerlo todo para vivir la perfección y ofrecido sólo a tu amor?

104. ¡Oh Señor mío!, me habéis criado y llamáis a esta pobre alma mía para lo más grande que puede darse, como es la unión de amor con Vos mismo. ¡Alma mía, Dios está dándote su mismo amor para que lo hagas tuyo y tomando tu amor para hacerlo suyo! ¿No es esta misericordia como para que salgas de ti mismo de alegría y cantes a Dios? Porque no me ha llamado Dios para que tenga amistad con un hombre grande y famoso; no me ha llamado Dios para tener trato amistoso con un serafín; no me ha llamado Dios para vivir la ilusión de las cosas de la tierra por hermosas que fuesen; me ha llamado y escogido para estar junto a El, para tratar directamente con El, para llenarme de su amor, para hacerme morada suya, para unir mi alma en un mismo amor con el suyo y establecer la unión de amor. Nada puede haber más grande. El cielo mismo es la unión perfecta y gloriosa del bienaventurado con Dios.

Pensar en la unión de mi alma con Dios supera toda comprensión y todo entender. No hay sueño que pueda acercarse a la dichosa realidad del alma

que la vive. Es el *correr los olores* del Espíritu Santo por el huerto del alma, saturándolo todo de fragancia de cielo. Es ver toda la belleza de las rosas de la gloria adornando la dichosa alma que ha recibido tan delicadísima merced.

Cuando en la vida de algunos santos leo las impresiones que sintieron, los afectos que inundaron su espíritu, las consideraciones de sus entendimientos y el don de poderlo expresar, me salta el corazón como de ansia y de santa envidia por obtener un regalo tan alto. Dios llenaba esos corazones. ¡Como que hervían esos corazones por el fuego del amor de Dios!

Pero eso mismo es lo que sustancialmente hace Dios en mi alma continuamente si yo soy fiel en mi ofrecimiento y entrega, aunque de modo insensible. No tengo que hacer más que dejarme en la voluntad de Dios y practicar las virtudes. ¡Bendito seáis, Dios mío, por haberme escogido sin yo comprender para lo que me llamáis y hasta rebelándome muchas veces y siempre dejándome dominar de la pereza y de las distracciones externas! Os hacía de menos a Vos y, sin embargo, me habéis llamado insistentemente para lo más grande, para darme vuestro abrazo, para sumergirme en vuestra luz y en vuestro amor y darme vuestra misma vida.

Y para llegar a esto no necesito acaparar riquezas, ni ambicionar honores, ni conocer las opinio-

nes de los sabios, ni leer muchos libros; sólo necesito humildad, como la Virgen mi Madre, y ser agradecido, y permanecer constante en los propósitos de mi vida interior y santa, y ponerme con atención en Dios sin dejarme llevar de las distracciones externas y de las parlerías de los hombres.

Si con atención y constancia me pongo en Dios, algo se hará esperar Dios para prepararme mejor; pero, ciertamente, me llenará de Sí mismo y de un modo o de otro me transformará en amor suyo. Si me llamó cuando yo no sabía para qué, no dejará de darme lo prometido y comunicarme sus secretos tesoros y realizará conmigo la unión de amor, si yo no dejo de cooperar, porque para hacer esta unión conmigo me llamó y me dio las gracias que me ha dado. Quiere ser mi vida. Quiere que yo me deje amar y empapar de su amor.

¡Dios mío, para qué vida tan inmerecida me habéis escogido! Esto me lo enseña la verdad de la fe. Ni estorba para realizar esta obra tan de cielo la sequedad, ni estorban la oscuridad ni la tentación, antes mucho me pueden ayudar, porque mientras estoy pasando esas pruebas Dios está en mí haciendo su obra de amor; estoy en Dios, soy suyo y le amo. El demonio probó con terribles dolores y desolaciones a Job, y Job salió más purificado y más unido a Dios; con Job estaba Dios en el muladar y en el menosprecio, y estaba acrisolando y como divinizando su alma. Los amigos de Job no

comprendían aquella obra de Vos ni la comprendía el demonio, que era instrumento de Dios para aumentar la santidad; pero Dios obraba y llenaba el alma de su siervo de todo bien. Si yo estoy en las manos de Dios, ¿qué me puede hacer la perfidia ni la mala voluntad de nadie?

Que no desperdicie yo, Dios mío, tus llamadas y tus misericordias. Que no dilapide las riquezas de gracia que me comunicas. Que no me salga de tu amor. Que atienda a tus inspiraciones y seré de Dios y Dios será mío. Cambiará mi pobreza y fealdad en su riqueza y hermosura. Estaré unido en amor a Dios.

OCTAVA LECTURA - MEDITACION

EL ALMA EN LA ORACION ESTA Y TRATA CON DIOS. INFINITA GRANDEZA Y PERFECCION DE DIOS

105. Desde el momento en que me determiné a fomentar en mí la vida espiritual y amar a Dios con la mayor perfección que me fuera posible determiné también poner mi atención o la mirada de mi alma, con afecto especial y lo más continuamente que pudiera, en Dios. Me di cuenta que la humildad y el reconocimiento al Señor y el reconocimiento de mi nada era una base primaria e imprescindible.

El recogimiento y esta atención amorosa me enseñan a mirar a Dios dentro de mí mismo y a mirarme a mí dentro de Dios. Si falta el cuidado de esta mirada, no será posible el recogimiento, aun cuando esté aislado en soledad. El recogimiento es estar con Dios y vivir con Dios y en Dios.

Pues estás, Dios mío, realmente dentro de mí, dándome el ser y dándome cuanto tengo, concédeme la merced de que yo esté voluntariamente dentro de Ti y envuelto en tu luz y en tu verdad. Seas Tú, Señor, quien me enseñe y quien me guíe. Seas Tu mi Padre y mi Maestro y enséñame a amarte.

Orar es tratar de amor con Dios.—Orar es ofrecer amorosamente todo mi ser con sus actividades a Dios, estando cierto de que estoy tratando de amor directamente con Dios y sabiendo que Dios me tiene inmensamente mayor amor que yo le tengo a El. Ciertamente, el amor de Dios es tan inmensamente superior que no tiene comparación con el amor que tienen las criaturas más altas ni la creación entera.

Orar no es otra cosa que ejercicio de amor a Dios y de Dios al alma.—Es el acto de excitar el amor y de avivar el amor. En la oración, el amor es mutuo; no solamente el alma ama a Dios, también Dios ama al alma y la ama inmensamente más que el alma le ama a El. La entrega de las voluntades también es mutua y real; no puede darse en el amor la voluntad ficticia, porque es entrega de dentro, del alma, no de engaño. El alma entrega su voluntad a Dios y Dios pone la suya en el alma.

Si el orar es acto de amar y ejercicio de amar y entrega mutua de voluntades, es también acto de confianza. Aun entre los hombres sucede así.

Con tanta confianza trato a una persona cuanto es el amor y el conocimiento que de ella tengo. El trato de amor da conocimiento mutuo, y el conocimiento acrecienta el amor. Cuando amo entrañablemente a una persona—y más si conozco su gran capacidad y bondad—, la abro mi corazón, la expongo mis dudas y mis dificultades, la digo mis deseos y mis ilusiones. Conque yo se lo exponga confío hará por mí cuanto pueda. Pongo mis ojos en los suyos y en sus labios. Estoy cierto me dará la solución y ayuda esperada.

Pues orar a Dios, por lo mismo que es ejercicio de amor, es acto de confianza, es acto de gozo, comunicación de amantes; es acto de agradecimiento, Dios me lo da todo; es acto de veneración, pues Dios es la majestad infinita y el omnipotente.

106. Tengo confianza ilimitada en Dios. Estoy hecho por Dios. Si el reloj que tengo no marcha bien o tiene algo deficiente o alguna pieza en mal estado y tuviera conocimiento, ¿en qué manos se pondría para que le arreglase? Un joven amigo creía tenía yo habilidades para ello, puso en mis manos un reloj algo descompuesto. Queriendo yo arreglarlo según su deseo, lo acabé de estropear; se quedó sin reloj. Erró en poner la confianza en quien ni sabía ni tenía habilidad. Un reloj consciente se diría: «Me ha hecho el relojero, que es un gran especialista, y me pongo en las manos del

relojero; me dejo desarmar; me dejo con toda confianza limar y cambiar de piezas por el relojero; aun cuando parece que me deshace, estoy seguro que me arreglará; me ama y me dejará bien.» El reloj no se arregla a sí mismo; es el relojero quien le arregla. Yo tampoco puedo arreglarme a mí mismo. Me pongo en las manos de quien me ha hecho y me ama. Tengo toda confianza de que me dará toda la perfección que debo y quiero tener, aun cuando mi imaginación juzgue que está deshaciéndome o está perdida.

Pues yo, consciente, me pongo en la oración en Dios y toda mi vida debe ser de oración y de amor. Y en la oración me entrego con toda confianza en las manos de Dios, mi Criador, mi Padre, que me ama más que yo a mí mismo y es omnipotente. Dios mío, ¿no voy a sentir admiración sabiendo que eres superior a todo sin comparación, creador de todo y que posees todas las perfecciones eminentísimamente y que me amas? ¿No voy a sentir una veneración inmensa y un agradecimiento sin límites siendo infinito, como es, y habiéndome hecho por amor y llamado por amor para hacerme feliz y hacerme participante de lo infinito de sus infinitas perfecciones? Confío en que el que me ha llamado para perfeccionarme y llenarme de su amor no dejará de hacerlo. Sólo Vos podéis hacerlo y sé que lo haréis y yo en Vos me pongo.

107. Debo tratar con gran veneración e íntima confianza con Dios, porque El lo quiere de mí, y yo también lo quiero y lo necesito. Dios infinito, que queréis hacerme una cosa con Vos en unión de amor: ¿cómo os lo podré agradecer cuanto se merece? Sólo Vos lo podéis hacer.

Es verdad que yo no soy digno, como tampoco era digno de que me criarais. Pero me llamáis y lo queréis hacer si yo accedo. La unión del alma con Dios supone la transformación, que sólo Dios puede hacer.

No se pueden unir la oscuridad y la luz; la oscuridad huye cuando se presenta la luz. Yo soy oscuridad y nada, y Dios es luz purísima, intensísima y suavísima. Dios, que lo sabe todo, pues es la sabiduría infinita, y Dios, que lo puede todo, pues es la omnipotencia, toma esta oscuridad mía, la mete en su luz y la transforma en luz suya. Yo no sé unirme con Dios ni soy digno de esta unión. Pero sé que Dios quiere unirme a El y yo lo necesito. Me pongo aquí con Dios, amándole, presente a El, y Dios hará esta maravilla, más grande que la de la creación; coge esto oscuro, manchado y renegrido y feo mío y lo transforma en belleza, en luz, en esplendor suyo.

La oración es ejercicio de amor y transforma el alma en amor de Dios. Si yo echo una gota de líquido, por muy amargo que sea, en un océano de dulzura y de perfume, la gota se diluye y se

hace dulzura y perfume. La personalidad del hombre nunca desaparece; el hombre no deja de ser persona. Pero el amor omnipotente de Dios coge esta gotica amarga mía, la pone en su luz, la mete en su océano de dulzura y de perfume y me transforma en luz y en hermosura, unido a El sin dejar de ser yo y sin perder El de sus infinitas perfecciones. El amor suyo infinito, que es toda la beldad, todo el encanto, toda la atracción, lo pone en mí y me hace hermoso con su hermosura y bueno con su bondad y resplandeciente con su resplandor.

Y cuando estoy en la oración, quieto, atento, amando, está Dios realizando esta transformación, está hermoseando mi fealdad y haciendo resplandeciente mi oscuridad. Es el pábilo que antes dije, metido y envuelto en la cera, y luce la cera derretida por el pábilo.

Oscuro suele ser el filamento metálico de la bombilla, mas cuando se pone en contacto con la corriente eléctrica y en vacío sin el oxígeno del aire, se transforma y se pone todo incandescente y brillante sin derretirse. Como se pondrá mi alma si me aíslo de lo mundano y de lo que disipa y estoy en contacto con Dios y en oración y recogimiento.

108. El alma fiel, reconociendo su nada y agradeciendo la delicadeza, la bondad y la magnanimidad del Señor en darla vida interior y sobrenatural de la gracia, le canta gozosa el cántico del

agradecimiento y de la alabanza y se ofrece confiada a Dios porque terminará la obra de amor que en ella ha empezado.

Vuelvo a recordar la anterior comparación del reloj. Si el reloj tiene conocimiento y desea llegar a la perfección, ¿en qué manos se pondrá? ¿En las mías para en seguida quedar deshecho? ¿No escogería el más habilidoso y cuidadoso relojero? ¿En qué manos me pondré yo para adquirir la perfección y crecer en la gracia? Sólo Dios puede hacerlo.

En la oración estoy puesto en las manos de este Artífice soberano, Creador de todas las cosas. Me pongo en tus manos, Dios mío, porque quieres poner en mí las perfecciones que aún me faltan y sólo Tú sabes. Aun cuando me parezca que se va destrozando y deshaciendo mi alma, sé que la deshacéis para transformarla después de haberla limpiado. El relojero, después de examinar el reloj averiado, le desarma, le limpia y le reconstruye y arregla. La corriente eléctrica obra sobre el metal aislado hasta ponerle al rojo e inflamarle y hacerle luz. Las manos de mi Padre celestial saben comunicar al alma una perfección imposible de soñar y poner en ella la vida sobrenatural y divina por desconcertada que esté.

Sólo Dios puede arreglarlo, transformarlo y divinizarlo, si yo fijo mi atención en El, si por la vida interior y el recogimiento y ejercicio de vir-

tudes yo estoy sin salirme de sus manos. Dios me transformará en amor sobrenatural; Dios limpiará mi imaginación y mi memoria y hará la maravilla de unirme a El. Mi alma se deshará en agradecimiento y alabanza por esta maravilla del Señor; se deja unir a Dios. Es la gota amarga que se pone en el océano inmenso de dulzura y de perfume y se hace dulzura y fragancia y llena de humildad exclama: ¡Soy amada de Dios! Dios ha puesto en mí su amor y me ama. Dios me ha hecho amor suyo. Te daré gracias, Dios mío, porque siendo yo amargura has tenido la amabilidad de convertirme en dulzura; siendo yo oscuridad me has transformado en claridad.

Dios me ama y me ha hecho amor suyo y me ha hecho estando y tratando con El en la oración y viviendo en su presencia y en su compañía. Me ha hecho para que, saliendo de la oración empapado de El, sea después amor suyo y fragancia suya en todas mis acciones durante el día; para que todas mis inclinaciones y sentimientos sean para El; para que su amor me enseñe a estar vigilante y a realizar con presteza y diligencia cuanto me insinúa la mirada dulce y atrayente de sus bondadosos ojos de Padre.

Haciéndome Dios amor suyo, pone en mi alma sus perfecciones, pone su bondad y obra en mí la maravilla de la santidad. ¡Vivo en Dios! Gozo en saber que vivo en Dios y que Dios me ama. Y es

la fe quien me enseña una verdad tan hermosa y me la enseña con toda certeza. Expresándolo de otro modo diré: *Gozo en saber que Dios me está amando; gozo en saber que vivo en Dios y Dios vive en mí, y yo me he recogido para dejarme llenar del amor de Dios, para que Dios me haga amor suyo.*

109. Para que los hombres me puedan entender y saber mis pensamientos, mis deseos, mis aspiraciones y afanes, tengo que expresárselo. Ellos no pueden saber lo que pasa por mí mientras yo no se lo comunique. Aun muchas veces intento decírselo y no sé o veo que no corresponde lo que he dicho a la realidad que siento y que deseo expresar.

Ahora mismo aspiro a pensar de Dios algo delicado, grande, algo que me hiciera sentir a mí mismo la inmensa magnificencia y bondad de Dios, no como lo dice la teología con razonamientos muy firmes, pero muy escuetos. Yo siento otra cosa que nace de esos razonamientos, pero muy por encima de los razonamientos, y veo no me corresponden las ideas y no digo nada; quiero expresar sentimientos de luz y sólo parecen de oscuridad. Yo siento a Dios infinito, infinito en todo bien, y las palabras sólo dicen pequeñez y frialdad. El mismo San Pablo quiso decir grandezas inefables de Dios y sólo pudo decir que *ni el ojo vio, ni el oído oyó,*

ni en el corazón del hombre puede caber lo que Dios le tiene preparado. Yo mismo no sé decir lo que tengo dentro. ¿Cómo me van a entender los hombres?

Pero Dios sí que me entiende. Mi Padre celestial sabe y ve y entiende mejor que yo me sé entender. Entiende y ve mis pensamientos, mis sentimientos y mis deseos y conoce también y ve mis flaquezas, mi debilidad y mi impotencia. Porque El me ha hecho. Conoce muy bien el Señor cuándo tengo buena voluntad y me mira y ayuda.

Y es en la oración donde principalmente se establece este intercambio amoroso de mi mirada con la mirada de Dios. Dios siempre me mira. En la oración yo fijo mi mirada con los ojos de la fe en los ojos de Dios. Mas yo soy tan miope y tan cegato, que todo cuanto alcanzo a ver de Dios es como nada. Cuando yo dirijo una plática a las Carmelitas, hablo a las que no veo; un velito tenue me impide verlas; sé que me escuchan detrás y que ellas me ven a mí, porque hay más luz donde yo estoy, pero yo no las veo.

110. Un velo muy tupido, el de mi pequeñez, me impide ver la infinita beldad y grandeza de Dios en todas esas infinitas perfecciones que me enseña la fe. Algo me dice la ciencia, pero todo es tiniebla y oscuridad ante este sol infinito de Dios como me le hace adivinar la fe.

Gozo en soñar en lo que me dice la ciencia por San Anselmo, que Dios es una cosa tal que no sólo no puede pensarse mayor, pero ni los entendimientos de los mismos querubines pueden con su capacidad natural pensar algo que ni remotísimamente se asemeje al mismo Dios en hermosura, en bondad, en majestad y en las demás perfecciones.

Que Dios es todo lo que es mejor ser. Y si todos los entendimientos estuvieran siempre pensando más perfecciones y mejores, ni en toda la eternidad pueden acercarse a las que Dios tiene sin imperfección ninguna y en el más alto grado, sin excluir ninguna.

Que Dios es mayor sin proporción alguna que cuanto se puede pensar, de modo que cuanto se pueda pensar es como nada ante la infinita realidad de Dios. Sólo Dios puede comprenderse a Sí mismo en toda su realidad y se comprende todo, actualmente, siempre y continuamente. Y el mismo entendimiento infinito de Dios no puede comprender cosa mayor que lo que es, ha sido y será siempre. Ni puede ser menos de lo que es ni dejar de ser lo que es: Dios infinito. Y como su ser es su entender, siempre se está entendiendo. Y como su ser es su obrar, siempre está obrando su obra de infinita actividad y vida de dentro y obra cuanto quiere en la creación externa. Gozo en repetir: *No sólo sois, Señor mío, aquello que no*

se puede pensar nada mayor, sino que sois aquello infinitamente mayor que no se puede pensar. Y si se puede pensar algo que sea de esta manera, si Vos no lo fuerais, ya se podría pensar algo mayor que Vos, y eso no puede ser. Vos sois el infinito, el sobre todo bien, con incomprensible distancia. ¿Qué seréis Vos? ¿Qué será cuando mi entendimiento te vea y mi voluntad te goce? ¡Oh dicha, oh Bien sobre todo bien y Bien de todo bien!

Si nada hay de cuanta perfección y hermosura puede haber que no esté en Dios, y si Dios es el Creador de toda hermosura y de toda bondad, ¿qué sentirá el alma cuando entre en este océano de perfección? Y todo ese bien, y hermosura y grandeza es para mí, me los dará Dios; me ha criado para que yo los goce.

Gozo en la enseñanza que me da San Juan de la Cruz, que no me detenga en mis pensamientos y en mis sentimientos, sino que me levante en alas de la fe y me detenga sobre cuanto se puede entender y sentir, en «*un no sé qué que siente quedar por decir, y una cosa que se conoce quedar por decir, y un subido rastro que descubre al alma de Dios quedándose por rastrear, y un altísimo entender de Dios que no sabe decir, que por eso lo llama no sé qué*». Dios siempre será novedad no sólo «*a los hombres que no le han visto, pues también lo es a los santos ángeles y almas que le ven; pues no le pueden acabar de ver ni acabarán, y*

hasta el último día del juicio van viendo en El tantas novedades..., que siempre les hace novedad y siempre se maravillan más». (San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*, cc. 9 y 14).

Gocé leyendo a San Agustín cuando me decía: «No detalles a Dios, porque eso ya no es Dios. Quieres engrandecerle y le empequeñeces con tu pequeñez. Lo que se te ocurre momentáneamente como un relámpago cuando oyes la palabra Dios, lo infinito genérico, sin detalle, eso te acerca más a Dios. Dios es siempre infinito en hermosura. Dios es una sobre luz, una sobre armonía, una sobre bondad, una sobre sabiduría y hermosura.»

111. Cuando me recojo en la oración, sé que me dice la fe sobre lo que me enseña la ciencia que todo eso de perfección, de luz, de majestad, de sabiduría y omnipotencia, que no lo veo, que no lo siento, sobre cuanto puedo discurrir y pensar, sé que está en mí, sé que estoy tratando con El. Yo le miro en la oscuridad de la fe; sé que El me mira, me ve, me entiende, porque El me ha hecho; El ha hecho mi alma y ha hecho mi inteligencia y mi voluntad. Sabe bien lo que hay en mí, lo que deseo y le pido, lo que necesito y no puedo conseguir. El me lo tiene que dar. No tengo nada más que mirarle y abrirle mi alma y mis pensamientos, no porque El no los conozca inmensamente con mayor claridad que yo y sepa mis necesidades, aun

cuando yo no sepa pedírselas, sino porque me ama y desea que yo le abra en amor mi alma, mis pensamientos y mis deseos y necesidades. No necesito exponerlos con palabras ni me son necesarios discursos; no necesito siquiera que intervenga mi loca imaginación. Sólo quiere que me abra y exponga como soy, en silencio de amor y en súplica y en alabanza callada.

No puedo ocultar nada a Dios, pero no debo intentar ocultarle nada, sino presentarle todo y todas mis flaquezas y miserias. Sabe muy bien El lo que puedo y lo que no puedo, pues El es quien me da todas las fuerzas que tengo y que necesito y ve cuándo me engaño a mí mismo persuadiéndome de que no puedo y sí puedo porque El mismo me da el poder.

Dios ve en mí la realidad, y la realidad es que El me lo da todo y que está dentro, dentro de mí en lo íntimo mío. ¡Y yo estoy con El acompañándole, llenándome!

Me examino a mí mismo en mi cuerpo. ¡Qué poco sé y veo! ¿Cómo va la corriente de mi sangre por mis arterias y mis venas y cómo lleva esa sangre hasta el punto más pequeño? ¿Cómo con esa corriente recibo la vida y la fuerza? ¿Cómo se transforma lo que tomo en sustancia mía y en vida mía? ¿Cómo se hace fuerza en mí y me da no sólo el moverme, sino el pensar y el amar? Es misterio y secreto para mí. Algo sabe la ciencia de la

medicina, algo, pero muy poco. Todos los días está descubriendo secretos en el organismo. El médico obra sobre el organismo y se admira; el médico va encauzando lo que Dios ha hecho, pero no sabe la causa. Dios sí la sabe, lo ha hecho. Dios sabe cómo produce la vida y la fuerza.

Preguntaba yo al médico que me deshizo la vesícula biliar: «¿Y ahora por dónde va la bilis y cómo se regula?» Y me dice: «¿Y qué sabemos nosotros de eso? Va por donde Dios la encauza; decimos que es la naturaleza, pero es Dios quien ha hecho la naturaleza con todas sus leyes secretas. Los inventos consisten en encontrar esas leyes que Dios puso, y algunas descubre el hombre sin llegar a conocer su secreto.»

Dios sabe y ha hecho este vivir de mi cuerpo y este discurrir de mi entendimiento por los órganos del cuerpo. Dios conoce la causa de este no parar de nuestro corazón y de nuestra sangre y de mi vida. Dios sabe cómo hace llegar la vida hasta los pelos de mi cabeza y cómo con la edad se tornan blancos lentamente o se me caen contra mi voluntad. Yo no sé la causa, y los hombres más capacitados y especializados tampoco la saben, aun cuando la buscan. Sólo Dios la sabe.

112. Pues dentro, dentro, más íntimo y delicado que estas arterias y venas de mi organismo por donde circula la sangre que riega, purifica y

vigoriza mis miembros, en lo íntimo de mi cuerpo y de cada célula de mi cuerpo, en lo íntimo de mi alma, de mi inteligencia, de mi voluntad y de cada uno de mis pensamientos y afectos, está Dios presente, lo ha hecho Dios y lo está haciendo continuamente. Lo sabe y ve y lo conoce y lo está haciendo Dios, pero quiere que yo se lo exponga, y se lo muestre y le pida remedio para mi pequeñez, para mi imperfección y desbarajuste; que le exponga el deseo que tengo de volar hacia la perfección, hacia El, y que me ponga las alas para volar y para bien obrar. Esto es la oración; ésta es la obra del amor y mucho más, pero tan sencillo y tan presente como esto. Orar es presentarme delante de Dios con humildad, como soy; es manifestar a Dios y exponerle todas mis necesidades y flaquezas y decirle lo que con su gracia quisiera ser, o mejor, lo que El quiere que sea yo.

Por encima de lo que no sé ni aun adivinar hay unos misterios de amor y de santidad, misterios de ternura entre Dios y el alma que enseñan la diligencia y la delicadeza del mismo alma para con Dios, y comunican la diligencia del enamorado. Yo no comprendo toda la delicadeza, toda la hermosura, todo el encanto y santidad que ponen en mi alma la prontitud y el primor de los actos de virtud, pero la delicadeza y ternura es la expresión del amor que se vive. Dios sí lo sabe y yo me presento delante de Dios, que es mi Padre, que es

amor infinito, que está dentro de mí, en mi entendimiento y en mi voluntad, que está en todo mi ser y no sólo sabe qué es eso y cómo se obra eso, sino que me da el poder para realizarlo y El lo realiza conmigo.

¡Dios está en mí! ¡Dios es mío y para mí! Y Dios hace esta fusión admirable de tomar la pequeñez mía, el desconcierto mío, la incapacidad y desorden míos con mi buen deseo y mi humildad, y me une a Sí mismo, a su amor infinito, a su omnipotencia y hermosura. Dios coge esta gotica de mi nada que se ha puesto en El y me mete en el océano infinito de sus perfecciones y me hace perfección suya, no destruyendo mi personalidad, sino uniendo mi ser al suyo con apretado y fuerte amor. Dios se hace mío y está en mí y quiere darme y me da su amor, y quiere que de mi parte y con su ayuda me prepare para hacer en mí una capacidad de poder recibir inmenso amor, ya que pondrá tanto amor en mí cuanta sea la capacidad que yo haya hecho.

No sólo estoy presente a Dios, sino en Dios y Dios todo en mí. ¡Dios mío, si me dieses que pudiera comprender la grandeza de esta verdad! Con que pudiese solo imaginar algo, adivinar algo que se aproximase a esta grandeza, saltaría de gozo y saldría de mí mismo.

Leo que algunos sabios están tan absortos en sus pensamientos, que viven como abstraídos y

fuera de sí. Santo Tomás se pone a meditar una cuestión teológica y no siente una operacioncilla que tuvieron que hacerle. ¿Cómo se pueden comparar los pensamientos de los sabios, que por altos que sean siempre son muy raquíticos, con la infinita luz y hermosura de Dios? Si mi alma viera un solo resplandor de tu belleza, de tu bondad, de tu majestad, ch Señor, mi alma quedaría totalmente fuera de sí y se desharía en agradecimiento, en alabanza, en admiración de verse unida a tan insospechable magnificencia.

113. Dios está todo y siempre en mi alma, pero le miro y acompaño de modo muy especial en la oración, aun cuando sea una oración muy insensible, siempre que sea de entrega a El y en su acompañamiento.

Dios está todo en todas las cosas, en cada uno de los átomos, de las moléculas, de las bacterias invisibles.

Dios está todo, porque es simplicísimo y no tiene partes y no puede dividirse. Dios está todo, porque su existir es su ser y obra por su ser y obra siempre.

Ni puede existir algo que Dios no haya creado y donde no esté actualmente presente y esté todo. Dios es siempre el infinito y el omnipotente y la infinita majestad. Donde está, está todo y como es.

Y todo ha estado siempre eternamente presente a Dios antes de que lo creara, porque Dios es eterno y es la eternidad, y es la actualidad siempre presente y gloriosa con todas las perfecciones infinitas. Dios no se muda ni se ha mudado nunca. Siempre está en el ahora presente infinito y glorioso. Dios me tenía presente desde toda la eternidad y me amaba y me crió para amarle y para amarme, me estimula para que siempre le ame más y pueda darme mayor premio.

Cuando estoy haciendo una obra buena o cumpliendo mi obligación, le estoy amando, y le amo más cuando le tengo en mi recuerdo y guardo su presencia.

Pero la oración es ejercicio de amor, es entrega de amor del alma a Dios y de Dios al alma. Dios está con presencia especial en el alma.

En la sociedad hay altas personalidades, hombres a quienes llamamos grandes, bien sea por la dignidad y poder que tienen, bien por las riquezas, por la sabiduría o por el mando o influencia que ejercen. Cuando me veo necesitado de recurrir a un hombre poderoso o a una grande dignidad, me preocupo y no sé cómo valerme ni cómo me desenvolveré delante de él. Mi pequeñez e ignorancia producen en mí temor, cobardía o vergüenza. Pero toda la grandeza y toda la sabiduría de los hombres, todo el poderío y magnificencia de la tierra, son ignorancia y nada ante la infinita majestad y

omnipotencia de Dios y ante su deslumbrante hermosura.

Y si tiemblo ante un hombre constituido en dignidad y me agradaría producirle complacencia en todo y no disgustarle ni contrariarle en nada, y más si quiero conseguir de él algún beneficio, ¿no debo sobrecogerme al menos de admiración, de respeto y agradecimiento ante Dios?

114. Porque es el infinito con quien estoy tratando en la oración y delante de quien continuamente vivo; porque es el infinito en todas las perfecciones y grandeza y el que las crea todas y se las da a los hombres delante de quien estoy. Y Dios infinito, que me admite y me llama para estar con El, sí que me entiende; Dios me está mirando en lo íntimo de mi voluntad y de mi alma y me está dando cuanto poseo. Yo ignoro cómo he venido a la existencia y no sé cómo me tengo que conservar ni hasta cuándo llegará mi vida, pero Dios, el infinito, me la ha dado y me la está conservando; Dios mío, que me estás dando cuanto tengo y cuanto he de recibir; Dios mío, que estás dentro de mi presente, infinito, en mi organismo y en mi alma, me ves, me entiendes. No necesito dar voces para que me oigas; no necesito pronunciar ni una palabra para que me entiendas; no necesito pensar en las maneras que he de tener ni las palabras con

que he de expresarme delante de El; sólo necesito el ofrecimiento sincero de mi amor.

Siendo niño, ¡cuántas veces me he acercado al oído de mi buena madre a pedirla o a decirla una cosa que yo consideraba muy íntima y no quería supieran los demás! Y mi madre me prestaba toda la atención a aquello confidencial que la decía calladamente y no dejaba de ser una niñería. Dios no es sólo inmensamente más tierno y complaciente que mi madre y presta atención a cuanto le digo y gusta se lo diga, pero además lo está viendo. No necesito nada más que, puesto en su presencia, abrirle mi alma y desear abrírsela con mis deseos, con mi agradecimiento, con mis necesidades. Como yo no sé ni expresarme ni abrir mi alma, me basta con ponerme en amor delante de El y mirarle.

Dios me ve y me comprende. ¡Dios mío, que me ves y estás presente en mí y estás todo en mí! Mira mis sentimientos, mira mis deseos y mis necesidades. Mira lo que quisiera decirte y pedirte y no sé; aquí me presento, aquí estoy, criatura tuya, hechura tuya, perfeccióname. Quisiera ser todo amor tuyo, quisiera ser el cántico de la alabanza y del agradecimiento a Ti. Quisiera hacer en todo tu voluntad. Quisiera ser amor perfecto unido a tu mismo amor infinito.

Sé, Dios mío, que quieres abrazarme tiernísimamente con amor inmenso de Padre y de Dios.

Sabes lo que necesito y lo que deseo y que me lo tienes que dar y de hecho me das, y me enseñas lo que me conviene para mi perfección. Tú me ves cómo estoy y sabes lo que quiero y lo que quiero no querer. ¡Cuántas cosas quiero no querer y me arrastra el apetito y gusto por mi flaca voluntad! Quiero no querer lo que a Ti te desagrada, y practico, no obstante, lo imperfecto. Una madre abraza a su hijo cuando está tullido y paralítico y con sus besos quisiera darle la salud y no puede. Pues, Padre mío, que ves mi pobreza, mi debilidad, esta parálisis y este desconcierto mío en mis potencias y sentidos, Tú sí puedes darme la salud y la fortaleza del alma; abrázame y sáname y socórreme, santifícame.

Se acercó a Jesús un leproso y le dijo: «*Si quieres, puedes curarme*», y Jesús le dijo: «*Quiero*», y quedó sano. Aquí está mi alma delante de Ti, oh Señor; Tú la ves. No necesito palabras para pedírtelo. Mi palabra más expresiva es presentarme y mirarte con humildad; esta presencia y mirada te dicen que santifiques mi alma, que me llenes de tu amor, que fortalezcas y purifiques mi voluntad. No necesito pronunciar palabras con mis labios, aun cuando las palabras pueden ayudarme. La palabra para hablar a Dios es la atención, la mirada del alma; es la presencia humilde del alma ante Dios. La presencia es súplica y es agradecimiento y alabanza.